

# Kissinger, los judíos, los nazis y el fútbol

FÜRTH.— Cuando los judíos de la vecina Nuremberg fueron expulsados, en 1449, los recibió Fürth. Cuando, poco después, echaron a los judíos de Viena, Fürth volvió a abrir sus puertas. En esos siglos XV y XVI, de enorme intolerancia, los judíos eran sistemáticamente barridos de las ciudades imperiales alemanas. A Fürth le vino muy bien recibirlos, y también le dio fama. La ciudad cuyo símbolo es el trébol fue vista durante siglos como campeona de la civilización. Desde 1530 tuvo la comunidad judía más grande de Alemania y a su inteligencia y talento debió gran parte de su prosperidad temprana.

Fürth es un símbolo de lo que no pudo ser. En 1653, el rabino vienés Scheftel Horwitz escribió: "Fürth es una ciudad pequeña, pero a mis ojos es tan grande como Antioquia, la Reina de Oriente, de donde han salido admirables sabios y eruditos". En 1617 se había construido aquí una bellísima sinagoga del gótico tardío, en 1653 ya funcionaba el primer hospital judío de Europa, a principios del siglo XIX casi un cuarto de la población de Fürth profesaba la religión judía y -aunque es verdad que hubo oposición y resistencia-, para fines del siglo XIX las leyes igualaban prácticamente en materia de derechos civiles a unos y a otros, es decir a los judíos y a los cristianos.

Pero también las ilusiones de 400 años se quiebran: el 9 y el 10 de noviembre de 1938 los nazis destruyeron la sinagoga y comenzó la caza del hombre por el hombre. En 1945 hubo un intento de volver atrás. El rabino David Spiro quiso reorganizar la comunidad judía de Fürth, pero la noche había sido demasiado pesada. De los 200 integrantes que Spiro había logrado reunir hasta 1970, sólo quedaban dieciséis a fines de la década del 80. Los hijos no podían superar las pesadillas de sus padres y se iban en masa.

El Museo Judío de Fürth es la huella más nítida de esta historia lejana. Pero en estos días de Mundial se dedica a mostrar un aspecto específico, un poco inesperado pero no por ello menos apasionante del asunto: la relación entre los judíos de Alemania y el fútbol.

La exposición tiene título inglés, "Kick it like Kissinger" ("Patea como Kissinger") y recorre con criterio alfabético los múltiples vínculos entre el deporte favorito de los alemanes y aquellos que fueron enviados a la muerte por millones en nombre de un régimen que se decía alemán y nacionalista. No es apenas nostálgica la intención de los curadores, Fritz Backhaus y Daniela Eisenstein, ya que

en la letra D, con la palabra "Derby" (clásico de fútbol) se muestra lo sucedido el 3 de diciembre de 2005 en el partido entre el Dinamo de Dresde y Energie Cottbus. Los simpatizantes de esta última escuadra exhibieron una bandera negra con la palabra "Judens" ("judíos"), en la que la D era aprovechada para cruzarla con la palabra "Dresde".

Porque ninguna locura ha terminado, se exhiben bajo la letra W de "Waffen" (armas) las que se incautaron hoy en día a los barrabravas de tendencia nazi: revólveres, fierros, sevillanas, estrellas ninjas, cuchillos y, por qué no, sables, bombas de gas y espadas.

A principios del siglo XX, las reglas del fair play y la tolerancia importadas del fútbol inglés atrajeron especialmente a los judíos alemanes, eternos perseguidos que pensaron que a través de este juego podrían ser aceptados por los muchachos de la raza aria. Por eso es que los grandes propagadores del fútbol en esta patria no fueron los arios ni los cristianos, sino los semitas. En la muestra aparece Hugo Meisl (nació en 1881 y murió en un campo de concentración vienés, en 1937), quien fue el autor del primer reglamento escrito en alemán y organizador de la Copa de Europa Central, que se jugó 49 veces a

partir de 1927 y fue un anticipo de la Copa UEFA. También, naturalmente, Walter Bensemann, un hijo de banquero nacido en 1873 que fundó a los 14 años lo que llegaría a ser el primer club de fútbol profesional de Alemania, el Football Club Montreux.

La letra H la ocupa cómodamente Julius Hirsch, uno de los ídolos alemanes más grandes de todos los tiempos, desde que en 1912 convirtió cuatro de los cinco goles con los que, por supuesto que en una sola tarde, su selección derrotó a la de Holanda. Al revés que el Charro Moreno o Erico, Hirsch fue llevado a Auschwitz a pesar de su inmensa popularidad y allí murió casi al fin de la guerra, el 8 de mayo de 1945.

En cambio, Heinz Alfred Kissinger, Henry Kissinger (1923, Fürth) no murió, sino que escapó con su familia y llegó a ser todo un personaje de la historia norteamericana. Antes había desollado como número diez en el Spielvereinigung Fürth, donde había llegado con buenos precedentes del cuadro judío Sportclub Bar Kochba.

Si no hubiera sido por Hitler, tal vez Kissinger nunca hubiera tejido sus intrigas políticas y sería hoy en día el técnico campeón de la selección alemana. Es una lástima, un pecado, pero no queda nada por hacer: no se puede viajar en el tiempo. [POR HUGO CALIGARIS]

POR GUSTAVO DANIEL PEREDNIK

Febriles horas dedicadas en Israel a investigar la causa de la tragedia dio frutos: la carga explosiva había sido enterrada en la arena por Hamas, con el fin de entorpecer un eventual desembarco israelí que procediera a destruir los morteros Qassam.

Me encontraba días atrás en gira de conferencias por España cuando se produjo una tragedia en Gaza que terminó con la vida de la familia Ralia (9-6-06) mientras ésta descansaba en la playa.

Nadie sabía con certeza qué había producido la explosión, salvo por supuesto los medios europeos, muy habituados ellos a que el culpable debe ser el sanguinario judío.

Siete palestinos habían muerto. Israel lo lamentó porque se trataba de civiles inocentes (cabe marcar el contraste con las prácticas de nuestros enemigos, para quienes los infieles nunca somos inocentes y por ello celebran con danzas callejeras aun la muerte de nuestros niños).

Febriles horas dedicadas en Israel a investigar la causa de la tragedia dio frutos: la carga explosiva había sido enterrada en la arena por Hamas, con el fin de entorpecer un eventual desembarco israelí que procediera a destruir los morteros Qassam.

Los medios habían "informado" muy distinto: se trataba de un asesinato de la artillería israelí, sedienta de sangre inocente. Como es habitual cuando se trata de muertos por acciones israelíes, esta vez uno de los diarios más difundidos participaba al desamparado lector "del clamor histérico de cientos de personas" y de cómo "alguien sacó el diminuto cadáver del niño Haizam de la ambulancia y lo mostró a la multitud".

El periódico no se detuvo en cuán morboso es exhibir cadáveres de niños a masas enardecidas sino que optó por contribuir con morbosidad de su propia cosecha: "No debía alcanzar el año de vida. Tenía la carita dominada por una macabra palidez, aunque permanecía con los ojos abiertos..."

Pobre Dana Galkovitch quien, cuando fue asesinada por un Qassam en su kibutz Netiv Haasará (14-7-05) no mereció siquiera que mencionaran su nombre -menos aun la descripción de la palidez de su rostro (hay rostros más pálidos que otros).

## El descaro de ser inocentes

Pobres los centenares de asesinados israelíes, porque en su país se da a los ritos funerarios el solemne tratamiento de sociedad civilizada.

Pobres los niños del jardín de infantes en el kibutz Saad, porque en Europa no se enteraron de que cuando celebraban Janucá (26-12-05) les dispararon un Qassam.

Pobres los europeos a quienes sus medios les ocultan cómo los Qassams castigan rutinariamente a Israel, pero les narran abundantemente cuál es la reacción israelí frente a la agresión, de modo que la víctima siempre parezca el agresor.

Como ese hueco en la información merece llenarse, aportaremos algunos datos.

El Qassam fue producido por el terrorista Adnan al-Ghoul, muerto por el ejército israelí (21-10-04). Consiste en un cohete de acero lleno de explosivos y ninguno de sus tres modelos tiene sistema de guía, carencia que lo hace muy representativo del islamismo en general: mata a quien sin mirar a quién.

La necesidad de producir Qassams surgió cuando Israel logró frenar los centenares de atentados suicidas que habían dejado a miles de civiles judíos muertos, lisiados o gravemente heridos. El principal freno fue la alambrada de seguridad que pasó a ser blanco favorito de la prensa ("el muro de la vergüenza" para el lector medio).

Hamas decidió entonces reemplazar los suicidios por el Qassam, cuyo nombre es abreviatura del brazo militar del Hamas -tomado a su vez de Izz al-Din al-Qassam, terrorista muerto en 1935.

El obús se estrenó en octubre de 2001 y a partir de entonces se disparan desde Gaza, principalmente desde la aldea de Beit Hanún. A partir del 5-3-02, la ciudad israelí más bombardeada fue Sderot. En agosto de 2003 llegaron a Ashkelón y obligaron a la evacuación de poblados hebreos del desierto del Néguev: Or Haner, Nirim y Najal Oz.

Entre las primeras víctimas mortales del obús (28-6-04) hubo un niño de 4 años, Afik Zahavi, cuya madre fue hospitalizada; su nombre nunca fue recogido por los medios -tampoco la palidez de su carita.

Los últimos ataques de Qassam fueron contra el kibutz Guevím (9-6-06) del Néguev occidental y contra la escuela Shekamim Maoz (18-6-06) del barrio Rabin en Sderot.

Ésta fue visitada ese mismo día por el Ministro de Defensa israelí y jefe del Laborismo, Amir Peretz, quien proviene de esa ciudad y fue su alcalde. Frente al domicilio de Peretz hay actualmente una carpa improvisada donde ciudadanos hacen huelga de hambre, para protestar contra el lanzamiento de los Qassam, y reciben diariamente a centenares de israelíes que se acercan a expresar su solidaridad (innecesario aclarar que jamás los visitan las decenas de corresponsales europeos en Israel, porque destacar a víctimas israelíes perjudicaría "la causa").

Para los medios, los Qassam son sólo un detalle marginal de alguna narración. El que ataca es el judío y poco importa que sus "ataques" tengan como objetivo mortíferos misiles.

Israel ha bombardeado varias veces centros de fabricación de Qassam, sobre todo durante la Operación Días de Penitencia (30-9/15-10-04), pero ha quedado demostrado que la playa de Gaza no fue objeto de bombardeo alguno.

De las dos pruebas al respecto, la primera es que no había ningún cráter en el lugar de la explosión y, la segunda, que pese a que los esbirros de Hamas se habían apresurado a retirar las esquiras de los cadáveres para impedir su investigación, no pudieron evitar que se analizaran las esquiras en los cuerpos de los heridos, quienes fueron trasladados para su atención a hospitales israelíes (esta atención curiosamente también se les escapó a los medios).

Las esquiras indicaron sin lugar a dudas que los explosivos no habían sido israelíes, como lo demostró el día posterior a la tragedia el Comandante de la División de Gaza, brigadier Aviv Kojavi.

Pero las pruebas tienen sin cuidado a quienes deciden de antemano que para los israelíes ser inocentes es un descaro intolerable. El judío es asesino y la realidad es un vano detalle que sobra en la información.

Así se había visto en el caso de la ac-

ción israelí en Jenín (8-4-02), campo de entrenamiento del Hamas y la Yihad administrado por la ONU.

La prensa alemana e inglesa refirieron "la masacre de Jenín" como una posibilidad; la española, peor aun, planteó su certidumbre desde el comienzo. La criminalidad de Israel no comienza de pruebas. Los diarios hablaban de "limpieza étnica" e incluso del "Holocausto de Jenín".

Cuando finalmente los medios de prensa entraron en Jenín, pudieron enterarse que no había habido ninguna matanza, sino una lucha mano a mano, ya que los israelíes habían evitado bombardear el campamento desde el aire a fin de minimizar la muerte de civiles. En la batalla, veintitrés soldados israelíes habían perdido la vida, así como cuarenta y ocho palestinos armados. Se destruyeron arsenales y laboratorios de explosivos preparados para suicidas.

Tras la rendición del bastión terrorista, centenares de palestinos se entregaron al ejército israelí y no hubo más muertes, salvo las que perpetraron los medios informando de un exterminio, mientras periodistas por doquier se lamentaban y se hacían colectas televisivas para ayudar a las familias de "las víctimas palestinas".

El nuevo mito judeofóbico ya había sido internalizado, así que cuando finalmente se mostró que el elevado número de soldados israelíes caídos había sido consecuencia del cuidado que el ejército hebreo había puesto en proteger a los civiles palestinos, entonces los medios se limitaron a abandonar el tema expeditamente.

Incluso cuando la ONU admitió que en Jenín Israel había procedido correctamente, la verdad debía ocultarse para no permitirle a Israel eludir su ubicuo rol de verdugo.

Nuevamente, su Secretario General Kofi Annan debió desdecirse (15-6-06) de sus declaraciones después de una reunión con el embajador israelí ante la ONU Dan Guillerman. Annan había rechazado la explicación israelí por "rara", pero luego tuvo la valentía de corregirse y admitió "haberse dejado arrastrar por una especulación periodística". Algo que la mayor parte de la población europea viene haciendo por décadas en lo concierne a Israel.